

**D**ON Alfonso X de Castilla, hijo de San Fernando, biznieto por línea materna de Federico Barroja. ¡Claro! Le ha quedado el mote—porque otra cosa no es—de *sabio*. ¿Sabio? ¡Cosa fea! Mr. Martín A. S. Hume, en su «Historia—en inglés—del pueblo español», dice «que Alfonso el Sabio (en inglés *learn ed*) fué desgraciadamente muy poco prudente (*wise*)». Lo de prudente se queda para Felipe II, el covachuelista. Que de hecho escribió más que Alfonso X, aunque sólo fuesen pueriles notas marginales á los despachos que recibía. Sabio, pues, el pobre hijo de San Fernando, y no prudente. O mejor, lo suyo fué ciencia y no sabiduría. Porque lo propio del sabio (en francés *savant*), es la ciencia y no la sabiduría. Esta, la *sagesse*, es cosa del *sage*, del prudente.

¡Mala Prensa tuvo Alfonso X! ¡Como era casi del oficio!... Tan mala como más adelante, corriendo el tiempo, aquel Enrique IV de Castilla, por mote tradicional el Impotente. Ultimamente, y en un libro lleno de colorido y de vida, un escritor francés le ha llamado el Rey salvaje. (J. Lucas-Dubreton: «L'Espagne au quinzième siècle.—Le roi sauvage».) Salvaje es algo muy parecido á sabio y no muy lejos de impotente. ¡Si fuera bárbaro siquiera!... Pero en el fondo, el hosco Enrique IV, el marido de la disuelta portuguesa, madre de la Beltraneja, era un irresuelto. Esto es: un sabio.

Sabio también é irresuelto Alfonso X, el que pretendía corregir la plana al Rey de los Reyes, al Creador del Universo. Y es que, como Enrique, Alfonso andaba entre moros y judíos.

¡Mala Prensa tuvo el Sabio! Otro sabio, éste jesuita—jesuita español y sabio! ¡Del siglo XVI, por supuesto!—, dice de Don Alfonso que su vida y obras «tienen más de maravilla que de honra y loa». Y no se harta de zaherirle. Nos le presenta «aborrecido del pueblo», confundiendo con éste á los grandes y ricos hombres del reino. Y por remate le endilga este responso: «Grande y prudentísimo rey si oviera aprendido a saber para sí; y dichoso si en su postrimería no fuese aquejado de tantos trabajos y no oviera amancillado las dotes escelentes de su ánimo y cuerpo con la avaricia y severidad extraordinaria de que usó.» Pero si el pobre andaba mal de cuartos—hasta llegar á pedirselos á un Rey moro—, ¿qué mucho que le hubiese dado en avaro? Condición, además, propia de sabios. Que si lo son en Sagradas Escrituras saben que en la oración dominical puede, según una de las versiones del Códice, leerse: «El pan de mañana dánosle hoy.»

¿Sabio Don Alfonso X de Castilla? ¡Sabio, sí! Sabio, *learned*, *savant*, y hasta prudente, *wise*, *sage*. Y no por los Tratados de Jurisprudencia y de Astronomía que hizo componer, sino sobre todo por lo que hizo. O mejor, por lo que no hizo en la política internacional y en la nacional. Como cuando le nombraron Emperador en Alemania y acabó por no ir á apoderarse de la corona del Sacro Romano Imperio germánico. Le convenció pronto de que no debía ir el



El general de división D. Juan Picasso y González, enviado á Marruecos para instruir expediente acerca de las responsabilidades del desastre de 1921, ha llenado á cabo su difícil misión con acierto y energía tales, que bien merece la gratitud de su Patria. Hombres como el general Picasso necesitan España, para renovarse y no morir (Fot. Campúa)

Habsburgo. Cuyo solar estaba en la Argovia y era Harbichtsburg, ó sea el Castillo de los Azores. Y de este Rodolfo, como de Alfonso el Sabio, salió, corriendo los años, aquel otro Habsburgo el primero de España, nuestro invicto César Carlos I de España y Quinto de Alemania, el que acabó pescando tencas en Yuste. (Véase mi libro «Andanzas y visiones españolas», donde cuento mi última visita al último retiro y lugar de muerte del Emperador flamenco-hispano.) Allí estaba—pescando tencas y cuidando la gota—ó allí le tenía su hijo Felipe, el Prudente. Que si no se le sublevó como al pobre Sabio su hijo el Bravo, Sancho IV, como si se le hubiese sublevado. El prudente covachuelista sabía arreglarse. Y de Yuste se fué el Emperador del siglo XVI al Purgatorio, á ver á su antecesor Rodolfo, el del siglo XIII. Porque allí, donde dos siglos y medio antes, le encontró el Dante purgando por no haber sanado las llagas de Italia («Divina Comedia», II, VII, 94), allí debía de seguir. Y de seguro que allí le encontró también á nuestro Sabio de cuya lujuria y vivir muelle le hablaba el águila al Dante. («Paradiso», XIX, 124.) ¡No el águila de Habsburgo, por supuesto! Porque ya se ha visto que la de Habsburgo, Harbichtsburg, no é águila, sino que es azor, ave de cetrería.

¡Mala Prensa tuvo nuestro Sabio! Pero es natural, porque los escritores, los cronistas—reporteros de entonces—, escribían para dar gusto á los grandes y próceres y magnates y al dictado de éstos. O de los clérigos, que es peor. Y el pueblo menudito, la gentillana, los pecheros, era tropa que no sabía leer ni escribir.

¡Pobre Don Alfonso, por mote el Sabio! Bien lo hacen decir la Querellas del Romancero: «No he más á quien lo decir, ni á quien me querrellar—, pues los amigos que había no me osan ayudar— que por medio de Don Sancho, desamparado me han—; pues Dios no me desampare, cuando por mí ha de enviar...» ¡Sabio, sí; sabio y bien sabio el pobre señor! ¡Y luego, hijo de un santo! Los santos no deben tener hijos; al menos, corporales. ¡Así le salió!